

---

Número 2.<sup>o</sup> Domingo 2 de Mayo de 1842.

---

## EL IRIS DEL BELLO SEXO:

PERIODICO DE LITERATURA Y COSTUMBRES.



### ¿QUIENES SON LAS REDACTORAS?

Pasmada estoy del mundo: ¿quien podria figurarse que el anuncio de un periódico redactado por dos damas levantase tanta polvareda? esto sin embargo es tolerable y será, si se quiere, natural; pero; ¿quien creyera que una cosa tan inocente y sencilla escitase la indignacion de las gentes? ¿como persuadirse una que las mismas de nuestro sexo sean las que mas cruelmente nos atacan? pues sí, amados lectores; todavia nos están zumbando á los oidos los dicterios que se han vertido contra las pobres redactoras. ¡Que vanas! ¡que orgullosas! ¡que desenyeltas! ¡que atrevidas! ¡que poco respeto al mun-

do! ¡que falta de pudor! ¡que indecentes!... Seria nunca acabar si quisiéramos repetir la infinidad de denuestos que nosotras mismas hemos oido prodigar á las redactoras del *IAS*: y si por esto poco que nosotras alcanzamos á ver hemos de juzgar lo demas; mal paradas debimos quedar de la boca de muchas gentes. Confesamos sin embargo en obsequio de la verdad y con gran satisfaccion nuestra que solo nos han motejado personas, cuya ilustracion no nos dá motivo de temer que merezcamos tan denigrantes epitetos; teniendo por el contrario el dulce placer de ver nuestra conducta aplaudida por personas de instruccion y sensatez. Pero como este número es mas corto, resulta que hemos oido mas desprecios que alabanzas; y que por consiguiente mas hemos padecido que gozado al oir hablar de nosotras. Bien sabemos que pesa mas un elogio de una persona sensata é ilustrada, que mil dicterios de las que solo hablan porque tienen lengua; pero este conocimiento se queda en teoria: la esperiencia nos hizo conocer que la alabanza alegra, sí, el alma y la llena de placer, pero en breve se borra su impresion; al paso que los ultrages, las groseras bufonadas nos estan todavia martirizando el oido. Por eso no pude dispensarme de entrar de luego á luego dirigiéndome á las lenguas mordaces, cuyo furor no se sació por cierto con echar palabras al viento. Pasado el primer momento de sorpresa en que zurraron á las redactoras, fuesen quienes fuesen, era natural que les entrara la bendita curiosidad de saber á punto fijo quienes eran; y esto no me causa estrañeza, pues igual curiosidad yo misma la hu-

biera tenido; pero allí era el ver como se perdian en conjeturas nuestras caritativas hermanas: ¿quien creerá que hubo algunas, segun pude traslucir, que tuvieron la grandisima cachaza de ir recorriendo las calles principales de Santiago para formar con mas seguridad sus juicios? y viviendo nosotras en una de ellas, aunque obscuras, es claro que no pudimos escaparnos de tan escrupulosa revista. No diremos sin embargo si fuimos de las que escitamos algunas dudas: tal vez sí ó tal vez nó; lo que mejor les guste. Mas, pues, han manifestado unos deseos tan vivos de conocernos y no siendo estos descos en modo alguno reprehensibles, creeríamos faltar á la urbanidad si no los satisficiésemos.

Pero aqui es preciso advertir que somos como las núbrias anfibias: somos como aquel santo varon que con los moros era moro y con los cristianos cristiano: espliquémonos; no sea que pasemos por pasteleras. Queremos decir que no somos unas mismas para toda clase de gentes, y esto nadie debe estrañar: ¿quien es igual para todos? no miramos del mismo modo á aquellos en quienes nuestro porte encuentra una favorable acogida y á los otros de quienes solo merece desprecios y sátiras ponzoñosas; estos sin embargo han obtenido nuestra preferencia al principio y tambien ahora serán satisfechos los primeros. A vosotros, pues, nos dirigimos, hombres y mugeres que os habeis escandalizado de nuestro atrevimiento; sabed: que somos dos jóvenes (una mas y otra menos, pero en fin ambas juvenes): que somos Santiaguesas por la gracia de Dios y de nuestros pa-

dres: que no somos de la alta aristocracia, ni tampoco de la clase última: que no somos ricas ni pobres; ni orgullosas, ni humildes en demasia; ni cobardes, ni atrevidas; ni despejadas, ni tontas; ni guapas, ni feas; en fin, somos un medio en todas las cosas; ¿nos conocéis? todavía nó. Tenemos buen humor para reirnos de los tontos ó maliciosos que se escandalizan, porque les dá la gana: tenemos un corazon noble y generoso que desprecia los insultos y olvida las injurias: tenemos una alma viva y de buen temple para seguir adelante sin recelo, por mas que nos zumben el oido moscardones importunos: ¿acertais quienes somos? puede ser que aun nó; pero lo dicho debe bastar para vuestro gobierno. A Dios. Quiera el cielo no volvámos á ocuparnos de vosotros.

No siento mas placer seguramente el que de un camino angosto, lleno de zarzas y maleza pasa á las limpias calles de delicioso jardin; que el que tenemos nosotras al dejar á las gentes que nos ven con torvo ceño, para arojarnos á aquellas que nos muestran indulgencia y simpatías. ¡Cuanto se goza el alma en dirigirse á aquellos seres, cuya bondad la interesa!... ¡tiene tantos halagos para un corazon sensible el mostrar una gratitud merecida!.. Aqui nos hallamos ya en nuestro centro, en el círculo de los afectos dulces y harémos mejor nuestra própia descripcion. No es decir que nos contradigamos: todo lo dicho es verdad, pero no lo hemos dicho todo; y sin embargo lo que falta por decir, podria bien omitirse. ¿Diremos por ventura que abrigamos un corazon estremadamente sensible? pero

¿cuantas jóvenes hay que no lo tengan? ¿Diremos que este corazón se goza y se embelesa en los encantos celestes de una sincera amistad? pero decid vosotros, hombres ¿donde habeis hallado una amistad mas pura que en el corazón de una mujer? ¿donde la amistad os ha proporcionado momentos mas deliciosos que al lado de una mujer? ¿Diremos que nuestra alma se halla dotada de aquel sentimiento grandioso de benevolencia general que embellece el universo todo á la vista del ser inteligente? mas esto fuera suponer que con frecuencia puede hallarse desposeido de tales sentimientos el corazón de una mujer. Si, pues, queremos decir algo que exclusivamente nos pertenezca, preciso es venir á las cualidades que resultan de nuestro estado en la sociedad. ¿Somos casadas ó solteras? ¿que querrán mejor nuestros lectores? habrá sin duda diferencia: las lectoras querrían mejor que fuéramos casadas, porque nos supondrían con mas esperiencia del mundo; si empero á los lectores gusta mas lo otro, no les complacemos nosotras, les complace la verdad. ¿Y como nos llamamos? hé aqui lo único en que no podemos ser francas; pero no faltaremos tampoco á la verdad. Decimos ingenuamente que no nos place por ahora el descubrir nuestros nombres: queremos gozar ó desesperarnos algun tiempo oyendo hablar bien ó mal de nuestros escritos sin el temor de ser conocidas. Nadie mas que un hombre está al alcance de nuestro proyecto, y en ese tenemos confianza; que si en amor nos merecen poca, en amistad les hacemos justicia, saben ser fieles y constantes

no venden á sus amigas. Pero ¡ay de él si perjuro osara quebrantar el juramento que en nuestras manos ha prestado de un inviolable secreto! solo una venganza tomaríamos, y al parecer sencilla, pero seria terrible: publicaríamos su nombre en nuestro periódico, y con esto quedaria para siempre por un hombre sin verdad, sin honor, sin religion. Pero nosotras le ofendemos hablando de esta manera: no, no tenemos la mas leve desconfianza; y aunque sucediera... ¿quien sabe? tal vez no nos vengariamos.

Una vez, pues, que hemos de guardar el incógnito, tomaremos dos nombres prestados, porque no es cosa de que quedemos sin nombre, ni justo el privar á nuestros lectores del gusto que tendrán en distinguirnos, si es que acertamos á gustarles: nos llamaremos, pues, *Enarda y Galatea*. Acaso los mismos nombres no gusten ya á muchos de ellos; les diremos algo para contentarlos. Pareciónos que estos nombres tenian cierta analogía con nuestro temperamento y hasta con nuestra figura: no se nos oculta que en esto de analogías cada uno ve las que quiere; sin embargo creemos llevar alguna razon en la nuestra. Una de nosotras es de complexion sanguínea, algo adusta tambien y mas morena que blanca: este retrato sí que juro yo no gusta á mis lectores jovencitos; pero no hay remedio sin pintarnos como somos: tal vez algun dia nos conozcan y no nos perdonarian entonces el colorido de hermosas que ahora quisiéramos darnos. A esta, pues, sanguínea, adusta y morena (que soy yo por mi desgracia) parece que le cuadra bien el nombre seco de *Enarda*,

y por eso me lo tomo. La otra es mas jovencita, mas hermosa, sentimental... ¡vida mia! dulce como el nectar de cupido y un tantico melindrosa; y asi creo venirle de perlas el nombre de *Galatea*, que parece va deshaciendose en la boca como un dulcísimo almivar.

¿Desean mas nuestros lectores? creo que les hemos dicho bastante: tal vez querrian saber si somos primas, hermanas, amigas, ó que especie de vínculos nos unen; pero esto importa poco y no vale la pena de gastar tiempo: mas util será decir algo del método que tendremos en escribir. Generalmente habrá artículos de ambas en cada número, porque esto tiene la doble ventaja de ser mas llevadero para nosotras, y mas ameno y variado para nuestros lectores; mas si alguna vez nos hallamos desganadas de escribir, hablaremos; y nuestros diálogos, insulsos ó sazonados, no dejarán por eso de ser diálogos. Hoy con todo tal vez haré yo el gasto sola; porque mi querida *Galatea* tiene rubor de presentarse al público, asi de manos á boca: ó sea porque lo bueno se guarda para despues. De todos modos yo tengo que darla gusto y mimarla, porque al fin ella será la que haga brillar el IRIS DEL BELLO SEXO: ella tiene numen y poesia: su alma está llena todavia de aquellas dulces ilusiones que, sin ser nada, forman el encanto de la vida. Yó carezco tal vez de ambas cosas; no murmuro empero mi destino. = *Enarda*.

## YA SABEN NUESTROS INTENTOS.

---

Nosotras hemos oído muchas veces á cierto padre cura (q. s. g. h.), hablando de las impiedades de este siglo, que había muchos ateos, ó cosa parecida, y que pasaban sin embargo por hombres religiosos, porque oían misa, se confesaban y hacían todo lo demás que hacemos los buenos cristianos; y que á estos hombres no se les podía hacer nada, porque la Iglesia, decía él, *non iudica din ternis*; pero lejos están por Dios de seguir esta máxima algunas de nuestras hermanas santiaguesas. ¡Pobres redactoras, ni aun vuestras intenciones se respetan! ¡Y que hayan de ser vuestras hermanas las que con mas furor os persiguen! esta es doble desgracia, pues nos quita hasta el placer de defendernos; pero fuerza es hablar, aunque sea con disgusto: ¿quien enteró ya á cierta dama de nuestra situacion y de nuestros intentos? Si personalmente nos conociera, pase que quisiera adivinar lo demás; pero ¿quien la autoriza á juzgar tan bajamente de dos jóvenes que no conoce? y si nos conociera, y si fuese cierto todo lo que ella dijo ¿qué moral la autorizaba para escarnecernos del modo vil que lo hizo? y si la moral tuviese por ventura poca fuerza para impedirselo: si la caridad no fuese bastante á impedirle el ultrajar al prójimo ¿como no la detuvo siquiera el decoro que á sí misma se debía? No pensaba al tomar la pluma, citar aquí sus palabras; pero pues las oyeron



bastantes, que las oigan aun más, importa poco. "¿Quiénes serán estas redactoras? ¿qué fin se propondrán? no hay remedio sino que son aconsejadas y guiadas por alguno: ¿será posible que ellas solas concibiesen este proyecto? aquí debe de andar sin duda la mano de algun intrigante que quiera ponerlas en ridiculo." Estas y otras cosas se hablaban con bastante inocencia y buena fé en cierto sitio, cuando con su acostumbrado tono y majisterio quiso terminar la conversacion Madama.... (si ella me lee, que supla el nombre). "Buen gusto, exclamó, con un jesto de desden tan insignificante como ella; buen gusto de devanarse los sesos y dar importancia á una cosa que no merece sino desprecio. Si yo quisiera nombrar á esas que VV. llaman redactoras, tal vez no me engañaría; pero demasiado pronto serán conocidas y desacreditadas; y por otra parte me interesan tan poco que ni para bien ni para mal me acuerdo de ellas. (1) Sus intenciones las leo de cien leguas y es preciso ver muy poco para no penetrarlas. Son cuando menos dos *tronadas*, que se sienten con pocas ganas de trabajar y quieren sin embargo lucir su cuerpecito en la alameda á costa del prójimo; pero harto mejor les fuera trabajar, que así ganarían al menos con que subsistir." ¿Se explicaría de otro modo un pisaverde que no tuviera respeto alguno á las costumbres públicas? ¿y creerán nuestros lectores que exajeramos? ninguna idea hemos añadido á las suyas, y hasta las espresiones son suyas.

---

(1) *Si así fuera señora, nos ahorraaba este rato de mal humor.*

"Harto mejor les fuera trabajar:" gracias, señora, gracias por los consejos. ¿Sabe V., señora, que no hemos disminuido ni una hora siquiera á nuestro trabajo ordinario? Sépalo V., señora; sepa V. que estas jóvenes que tan groseramente ultraja, consagran el dia como siempre á sus acostumbradas labores, mientras V. se pasa horas enteras mirándose al tocador su buena cara, dando conversacion á los que llegan, descansando anchamente despues de una comida opípara y tomando luego en paseo el fresco suave de la tarde; ¿como ha de ser? desigualdad de fortunas; y sin embargo no nos quejamos, ni estamos de mal humor como lo está V. muchas veces. Y sepa V., señora, que de noche, mientras para V. corren veloces las horas en variada diversion, nosotras estamos todavia por lo comun en nuestra labor; y despues, mientras que V. vuelve á gozar las dulzuras del primer sueño, nosotras estamos haciendo esto que V. ve, si es que le llega el tiempo para verlo; y nos contentamos con cinco horitas de sueño por la noche y una tal vez á medio dia: ¿qué le parece á V., señora, de nuestro método de vida? ¿no es verdad que le parece á V. insufrible? y sin embargo somos mas felices que V., porque estamos siempre contentas y V. no. Pero sepa V. mas, señora, porque V. nos ha interesado mucho y debemos ser francas con V.: y aunque por tantas señas como la damos, venga en conocimiento de quien somos, importa poco; despues de la buena acogida que hemos hallado en V., ya no tememos el ser conocidas. Sepa V., pues, señora, que aunque no ricas ni opulentas, podiamos vivir comodamente sin tantas horas de

labor, pero la labor nos recrea tanto á nosotras como á V. las diversiones: sepa V., señora, que antes de pasársenos por la imaginacion el escribir, paseábamos en la alameda; y si bien nuestro lujo no llamaba la atencion, tampoco la hemos llamado nunca por nuestro desaliño: sepa V., señora, que no tenemos deseos de lucirlo mas que lo hemos lucido hasta ahora; sea cual fuere nuestra suerte en adelante, no nos verá V. gastar nunca ese lujo, de que tan vivos deseos nos supone. Sabemos lo que se merece el público, por eso no le insultaremos jamás presentándonos con desaseo; pero sabemos tambien lo que reclama la razon, sabemos lo que reclama la moral del Evangelio, y aunque le parezca á V. que no, señora, tenemos mas placer en tender al indigente una mano sin adornos, que en deslumbrar la vista con diamantes. ¿Queda V. satisfecha, señora, ó queda V. echando trinos? ambas cosas me son iguales: ¿y desea V. saber como quedo yo? parece que despues de hablar tanto debía quedar desahogada, pero no es así por desgracia. Prudente sería el callar ya, porque la irritacion no produce cosa buena; pero en este momento en que se me figura verla á V. hecha una furia, reviento sino digo (permítaseme una espresion de orgullo que no repetiré jamás) que tengo á mucha gloria el ser quien soy, señora: reviento si no digo que si todas esas galas, esos bienes y esas onzas me dieran por cambiarme; no me cambiara, señora.

Perdonad, lectores. Acabo de leer mi contestacion á la señora, y conozco que debe seros fastidiosa; á mi tampoco me gusta, y sin embargo no me siento con

ganas de quitar ni un ápice de lo que puse. Harto sensible me es principiar con tales rencillas: harto padezco yo en verme obligada á dirigir la pluma contra una de mi sexo, pero ¿quereis que me deje ultrajar impunemente?

Sin embargo, mirando el asunto con mas calma, tal vez no tuve razon en enfadarme. Las mismas personas que oyeron á la señora, si bien han tenido la debilidad de dejar asomar unas risitas de aprobacion, no aprobaron, al menos la mayor parte, ni sus juicios ni el modo poco decoroso de espresarlos; y las demas gentes que hablaron de nosotras han respetado por lo comun nuestras intenciones, sin meterse á escudriñar el motivo que nos haya impulsado á escribir. De suerte que por el dicho de una muger, ó poco mas, hemos armado tanta balla y escandalizado tal vez á nuestros lectores; pero, amados lectores, ¿sois vosotros libres en sentir? nó, pues yo tampoco: ¿podeis dejar de enfadaros á vuestro arbitrio? nó; lo mismo me sucede á mí: el dicho de esa muger me ha irritado y no pude evitar ese disgusto. Pude sí, devorarlo en mis adentros y no molestaros con su relacion; mas entonces padeceria yo mucho; y en la alternativa de padecer mucho yo, ó molestaros á vosotros un momento ¿cuál debia elegir? bien sabeis el orden de la caridad.

Ahora por no perder el tiempo enteramente, os pondré al corriente de nuestros verdaderos intentos. No creais que vaya á deshacernos en protestas de bien público, de amor á mis semejantes, &c. &c.; acaso nuestros intentos no sean tan sumamente puros; mas si te-

nemos tal vez la desgracia de no sentir del mejor modo, no tendremos la debilidad de aparentar lo que no somos.

No es ciertamente un ciego deseo de dinero, como esa dama supone, el que nos mueve á escribir: aunque nuestro periódico no cuente con mas subscriptores que los precisos para costear la impresion, no por eso cesará; seria sin embargo una ridícula afectacion de desinterés el decir que despreciamos las ventajas que por esta parte pueda nuestra empresa traernos. Conocemos que este proyecto nos hará adelantar mucho en el cultivo de nuestro entendimiento, pues desde que lo concebimos ya principiamos á mirar con aficion la Gramática castellana, Arte poética, principios de literatura; en fin principiamos á ver con gusto los elementos que antes nos parecian desabridos; faltariamos empero á la verdad si dijéramos que el solo deseo de instruirnos nos mueve á tomar la pluma. Somos entusiastas de las glorias literarias, aunque fuéramos hombres les dariamos la preferencia sobre las coronas de laurel; mas no somos tan vanas que creamos conseguirlas, ni tan necias que con este objeto nos hayamos puesto á escribir. Nosotras amamos á nuestros semejantes: quisiéramos ver reinar la virtud en nuestra patria, para que ella fuera feliz, pero conocemos demasiado nuestra debilidad, para dejar de convencernos de que nuestros escritos no influirán tal vez en la conducta de uno solo: si el amor, pues, de nuestros hermanos podria inspirarnos el deseo de escribir, el conocimiento de nuestra insuficiencia para contribuir á su

dicha nos haria arrojar la pluma con dolor. ¿Que causa, pues, nos habrá movido á esta empresa? oíd: cada una de las cosas dichas por si sola, no fuera bastante á decidírnos, pero todas juntas sí; ahí teneis la verdad.

Hay todavia, amados lectores, otras razones que debieron fortificar nuestra idea. Que en Galicia debe haber algun periódico lo conoceis vosotros; en nuestro sentir debiera haber tres: uno de política redactado por hombres sábios y patriotas: otro de literatura y costumbres redactado, á nuestro modo de ver, por jóvenes de aplicacion y de mérito. No faltará quien sea de opinion contraria, suponiendolos de corta experiencia y de instruccion muy limitada; fuerza es empero confesar que si los jóvenes no pintan con entera exactitud las costumbres de los hombres por falta de observacion, nadie como ellos es capaz de describir las que debieran reinar para que la felicidad presidiera á los mortales: el tipo de las costumbres está en el corazon y el corazon de los jóvenes puro y lleno de fuego tiene arranques generosos, que en vano en otra edad se buscarian. Los jovenes no tienen, es verdad, una vasta erudicion; mucho les falta aun que leer, mucho tienen que observar; pero el entusiasmo de la literatura, el estro de la poesía está en la lozanía de la sangre y la sangre de los jóvenes es un océano de vida. Este periódico, pues, debiera inspirar el amor á las virtudes heroicas y á todo lo sublime. Débil imagen del tercero es el que tenemos nosotras el honor de ofrecer al público. Un corazon tierno y sensible es prenda necesaria para inspirar amor á las virtudes dulces y

tranquilas; y esta prenda los hombres mismos se complacen en concederla al sexo que forma sus delicias en la tierra: no merezca, pues, vuestro desprecio la pluma de una muger que se emplea en esta tarea. Bien sé que segun el orden regular de las cosas no debiera este periódico salir á luz el primero; pero, ¡hombres! si vosotros vegetais en la indolencia ¿porque negarnos el paso? gracias debeis darnos por nuestro arrojo, pues él os dá ejemplo. Si dos mugeres no temen mostrarse al público ¿temereis vosotros?

Ya nos parece estar viendo un periódico lleno de sentimientos elevados y sublime poesia, que haga honor al reino de Galicia. Jóvenes de mucho mérito hay en esta Universidad; jóvenes hay en Santiago que pudieran escribir; jóvenes hay formando una Academia literaria y con un literato distinguido á la cabeza ¿que los detiene? ¿les impediria esto seguir con lucimiento sus carreras? no. En nuestra edad todo jóven de mérito debe, á la par de su carrera principal, cultivar tambien con ardor la amena literatura, porque este estudio embellece los demas y forma los encantos de la vida. ¿Temen acaso que no se sostenga su periódico? y Galicia que tan liberalmente contribuye á sostener en auge los periódicos de la Corte ¿negará lo poquísimo que basta á costear alguno en que sus hijos principien á formarse? Además, jóvenes, si en esto pensais como nosotras, no debeis hallar obstáculos. Los gastos de impresion á poco ascienden, y reuniendose esto, es lo que basta. Si habiais de componer privadamente para vuestros ensayos, componeis con la mira de que

el público lo vé, y este aumenta extraordinariamente la aplicación y el cuidado. Y si cubiertos los gastos de impresión, os queda algun sobrante; vereis con tanto gusto ese pequeño fruto de vuestras tareas, como vé el activo comerciante el tesoro que ha adquirido en fuerza de mil afanes. Animo, pues, jóvenes: dos damas os dan el ejemplo; seguidlas. — *Enarda.*

SANTIAGO.

---

IMPRESA DE J. N. CASTAÑO, EDITOR RESPONSABLE.

---